

# La Nave Italia

*Sopra'l monte Tarpeo. Canzon, vedrai,  
un Cavalier ch'Italia tutta onora,  
senzoso più d'altrui che di se stesso.*

PETRARCA

1

GOZAN los poetas de una falsa reputación entre las gentes vulgares. Se cree que la imaginación y la intuición estéticas, manteniéndose en una región distante de la vida, que nada tiene de común con el atropellamiento de los sucesos que forma la trama del diario vivir. Poeta, no obstante, es, etimológicamente, *el que hace*. Homero sirvió a la educación universal de los griegos. Alejandro, el hombre que más *ha hecho* en la historia, el verdadero autor de la síntesis de Oriente y Occidente, tenía, como diríamos hoy, un libro de *cabecera*, su Homero. Aristóteles, preceptor de Alejandro, el mayor filósofo de todos los tiempos, enseñaba en su *Poética*: la Poesía es más seria y profunda que la Historia, porque la Historia dice cómo las cosas han sido, y la Poesía, cómo debieran ser.

2

D'Annunzio, el poeta, después de dotar a Italia de poemas magníficos y dramas y novelas perdurables; después de triunfar en *Fiume*, — *Fiume o la muerte!* —, regaló a su patria un pensamiento gentil que la cubrirá de gloria, corporizado en la nave *Italia*.

¿Qué es la nave *Italia*? El exponente del trabajo, el pensamiento, la industria, el arte, la cultura y la civilización entera de la gran nación latina. La nave *Italia* es la embajadora soberana del pueblo que, desde la loba hurafía y benéfica que amamantó a Rómulo y Remo a sus pechos enérgicos y fecundos, no ha cesado de maravillarse al mundo con la intensidad y la amplitud de su genio. Roma es Italia, y Roma es la República, el Imperio y el Pontificado, es decir, Catón, Camilo, Bruto, César, Augusto, Marco Aurelio, Inocencio III, Nicolás V., León X... Pero Italia es más que Roma, porque la República, el Pontificado y el Imperio pasan a un segundo plano ante la gloria de una sola ciudad, la Florencia inmortal de Dante, Miguel Ángel, Leonardo, Donatello, Galileo y Maquiavelo. Italia reunió en la vieja región etrusca, que los Médicis rigieron, todo el prestigio de la civilización moderna. Se puede trocar la elaboración cultural de Inglaterra y Alemania en toda su historia, por lo que Florencia construyó, del siglo XIII al siglo XVI, para la humanidad.

3

Sólo hay un emporio en el mundo moderno para competir con la gloria de las dos metrópolis italianas, la ciudad de París. Sólo hubo uno en la antigüedad superior a Florencia y a Roma y a todos los colmenares humanos pequeños o grandes, la divina ciudad de Atenas, para la cual es inútil el elogio y menguado el encarecimiento. Atenas, Roma, Florencia, París... ¡Toda la lira heroica de la historia! ¡Prestigio indeficiente del alma latina!

4

La Italia contemporánea es una potencia militar e industrial de primer orden. Vencida Alemania, deshecha el Austria, desarmada Rusia, sólo Inglaterra y Francia la superan en el viejo mundo. El italiano de nuestros días no es un personaje que viva de recuerdos heroicos y fantasmas del museo. Se ha encarado con la vida, la ha convocado a batalla singular, para igualar con su acción su pensamiento. A partir del día en que, gracias a la diplomacia suprema de Cavour y la espada de Garibaldi, se instaló la dinastía nacional en el trono romano, para cumplir el sueño de los grandes italianos, Dante, Petrarca, Maquiavelo, la patria se desenvuelve sobre amplias perspectivas de victoria. Su resurgimiento ha ido acelerando su eficacia, y hoy, todo el país, pero sobre todo la parte septentrional, compite con los grandes centros industriales del mundo.

5

Nosotros hemos podido comprobar la oportunidad de la acción italiana moderna en el Sur del Brasil, en el Uruguay, en la Argentina. Llegan los italianos a las playas propicias de América, a trabajar confundiendo su esfuerzo con el de los americanos, en aquellos grandes centros de población que se llaman San Pablo, Montevideo, Buenos Aires. En esta última capital, rivalizan con España en influencia y poder. Espléndidas líneas de navegación, opulentas instituciones bancarias, industrias florecientes, todo pregona el esfuerzo italiano, todo habla al transeunte de la actividad excepcional que hoy decora con nuevos gajos de encina el triunfo pacífico, honesto, humanísimo de la insigne nación.

Porque el italiano no se desaloja de su tierra para conquistar, para subyugar, para vencer, sino para luchar y para servir. Mézclase con los nacionales de nuestras repúblicas latinas y confunde su sangre con la nuestra. No es un dominador como los súbditos o

ciudadanos de otras naciones altaneras, para quienes el suelo que pisan y en donde realizan pingües ganancias, en vez de ser motivo de cariño e incentivo de amor, es sólo patrimonio de codicia y argumento de desdén. El italiano sabe sufrir, por eso puede amar, por eso sabe creer y esperar con nosotros. Lleva en su alma su Italia lejana, pero pone en la obra de todos su corazón de artista y su pensamiento, que en Europa se llama Marconi, D'Annunzio, Croce, y en América no lleva ningún nombre propio, porque su hidalguía reside en la obra común, en el tesoro de los humildes, más grande siempre que la gloria de los heroicos.

6

En México no ha podido desarrollarse hasta la fecha el proyecto de inmigración italiana. Varias causas que sería prolijo especificar, han sido parte en ello. La emigración ha preferido el norte o el sur de América, Nueva York o Buenos Aires. Nuestra reputación de belicosos sempiternos ahuyentó, quizás, el contingente italiano de las playas del Golfo. No obstante, al comprobar lo que se ha logrado en la República Argentina, especialmente, merced a la feliz inmigración, deseamos para México un contingente igual. ¡Italianos: la tierra mexicana os ofrece con la mayor cordialidad sus tesoros! ¡Aquí también podréis laborar por la grandeza de América. Esta tierra llama a los hombres de buena voluntad y querría cerrarse para siempre a los extranjeros que la explotan y la calumnian!

7

Adelanta sobre el Atlántico propicio la nave *Italia*. Recorrió ya las costas del Continente. Traen los nautas fascinados los ojos con el poderío de Buenos Aires recostada a la orilla del magnífico estuario del Plata. Saludaron en Río de Janeiro la opulencia del Brasil, la primera potencia latina de América. Se corrieron después por todo el pródigo litoral del septentrión, hasta llegar al hemisferio en que la América se adelgaza y se parte, por fin, en dos Américas. Ya están con nosotros. En la proa de la nave canta la inspiración de un bardo ilustre que despliega sus alas como la Victoria audaz de Samotracia. El Rey saluda a México. Buenos augurios decoran la marcha del bajel impávido. En la villa rica de la Veracruz toman contacto con nosotros, y un grito acalla el rumor de las olas, antes que la hélice del navío cese en su afán de dividir las aguas; grito sincero, cordial, generoso y unánime: ¡Viva Italia!

ANTONIO CASO

(Revista de Revistas, México, D. F.)